

surgimiento de un vasto mercado negro eran el corolario natural de esta situación. La consecuencia política de mayor significación derivada de esta insuficiencia en la oferta de ciertos bienes fue la insatisfacción de los sectores medios de la sociedad chilena, quienes se vieron imposibilitados de continuar con sus hábitos de consumo, al mismo tiempo que resentían un proceso de paulatina proletarización, a causa de la incorporación a nuevos niveles de consumo de grupos hasta entonces marginados o con escaso poder de compra.

En la sección dedicada a analizar este fenómeno, la obra que nos ocupa arroja una luz por demás esclarecedora en lo relativo a la forma como los sectores medios se fueron distanciando del régimen de la Unidad Popular. Este alejamiento, continuamente imputado a los errores del gobierno allendista, se descubre aquí directamente relacionado con los efectos del "bloqueo invisible" a que fue sometido el intento de cambio comúnmente denominado "vía chilena al socialismo".

Por más de una razón, la obra que aquí se ha reseñado ofrece un material valioso y de innegable actualidad. Ampliamente documentado y presentado en un estilo directo y de fácil lectura, el libro es una invitación a la reflexión a propósito de los obstáculos que ha de salvar todo proyecto de cambio revolucionario en sociedades capitalistas, periféricas, subdesarrolladas y dependientes, como es el caso de las latinoamericanas.

Si bien este trabajo del NACLA puede provocar algunas reservas en cuanto parece a primera vista, una "denuncia contra el imperialismo norteamericano" desde las posiciones de un "liberalismo de mala conciencia" estilo norteamericano, una evaluación más objetiva y debidamente ponderada, lleva a concluir que lo que aparentemente se nos presenta como una visión maniquea de la realidad, no es tal. Las revelaciones surgidas en el Congreso norteamericano a un año del derrocamiento, han venido a recordar que la CIA es algo más que una sigla.

SAMUEL BERKSTEIN K.

DAVID C. BAILEY, *¡Viva Cristo Rey!, The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*, Austin, Tex., University of Texas Press, 1974, 346 pp.

El tema de la rebelión cristera (1926-1929) ha sido abordado en numerosos escritos, pero muy pocos de ellos han tenido un carácter académico. Hasta hace poco este movimiento había sido visto por unos como un episodio más en la larga lucha entre el antiméxico eclesiástico y las fuerzas progresistas que a partir de la Independencia han tratado de afirmar la nacionalidad mexicana a la vez que transformar las estructuras coloniales en beneficio de una mayoría tradicionalmente marginada y superexplotada. La otra cara de la moneda se encuentra en los tra-

bajos de los escritores católicos, que ven en el movimiento cristero la rebelión justa de aquellos que tras haber sufrido el acoso sistemático, e injustificado, de parte de quienes pusieron fin al régimen porfirista, en nombre de una libertad y justicia social que posteriormente negaron en todos sus actos de gobierno, tuvieron que tomar las armas en defensa de los valores más caros a los mexicanos.

Un tipo diferente de literatura sobre el tema ha salido a la luz en estos últimos tiempos. Destaca en primer lugar la obra en tres volúmenes de Jean Meyer, *La cristiada* y la que aquí se comenta. No es enteramente accidental el hecho de que se trate de dos estudios extranjeros; francés uno y norteamericano el otro. El tema de las relaciones entre Iglesia y Estado sigue siendo muy difícil de abordar por mexicanos con la objetividad que requiere un trabajo académico. Todavía a principios de la década pasada se registraron sangrientos atentados contra antiguos combatientes cristeros. Las pasiones aún no se han calmado.

El estudio de Bailey se apoya en una cantidad considerable de material primario: documentos del Archivo General de la Nación, de la Liga Nacional de la Defensa de la Libertad Religiosa, de los Archivos Nacionales de Washington y de otras colecciones documentales privadas. Las fuentes secundarias son numerosas y al final de la obra, en un ensayo bibliográfico, el autor presenta una evaluación de las mismas.

A diferencia de Jean Meyer, que en su primer volumen se enfrasca en un análisis detallado de la sociología de la rebelión, Bailey no hace más que establecer los argumentos mínimos indispensables en esta área para dedicar la parte central del trabajo al examen de la relación entre los líderes del movimiento y las autoridades revolucionarias. El soldado cristero sólo aparece en el trasfondo, para explicar las acciones de Galles, Portes Gil, el embajador norteamericano, los obispos, los emisarios de Roma o de los directivos de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR). A los combatientes sólo los conocemos a través de sus jefes: Enrique Gorostieta, Jesús Degollado Guízar y algunos más. En este sentido la obra de Meyer sigue siendo insuperable.

Para Bailey, el origen del conflicto se encuentra en el choque de la élite revolucionaria y su proyecto de reestructuración del Estado mexicano —que requería una concentración del poder que no podía tolerar la competencia de otras instituciones y focos alternativos de poder y legitimidad— y un catolicismo nuevo, más militante que el del pasado —inspirado en la encíclica *Rerum Novarum*— y que pretendía tener una participación en la modernización social y política del país. A su vez, la naturaleza de este choque entre el Estado por una parte y la Iglesia y sus organizaciones laicas por otra, durante el período revolucionario, sólo se entiende dentro de un marco elaborado en el siglo XIX. El jacobinismo del constituyente de Querétaro y las pretensiones hegemónicas de los grupos católicos tenían una raíz común: el conflicto entre liberales y conservadores que siguió a la independencia.

De acuerdo con Bailey, la rebelión de 1926 fue una revuelta campesina dirigida por un grupo de jóvenes intelectuales de los sectores medios urbanos agrupados en torno a la LNDLR. Si bien el autor penetra con soltura en la naturaleza de la posición de estos jóvenes activistas, en cambio no llega a explicar con igual precisión la forma como se llegó a dar la unión entre ellos y las huestes campesinas —cosa que sí hace Jean Meyer. Bailey insiste en que el movimiento cristero no fue organizado ni apoyado por los grandes terratenientes ni elementos destacados del antiguo régimen, pero tampoco es muy claro en explicar el motivo de esta indiferencia de esos aliados potenciales; los programas cristeros favorecían claramente sus intereses al pretender reimplantar la estructura constitucional de 1857.

En donde el meticuloso estudio de Bailey logra sus mejores momentos es en su análisis y relación entre la dirección del movimiento (la LNDLR), los obispos, las autoridades eclesiásticas en Roma, y el gobierno y grupos católicos norteamericanos. El oportunismo y sabiduría política de la jerarquía eclesiástica le permitió guardar una situación tal que si la rebelión armada hubiera llegado a triunfar, su posición hubiera quedado notablemente fortalecida. Si por el contrario, el movimiento fracasaba, la distancia establecida desde un principio entre la Iglesia y la LNDLR impediría que ésta le arrastrara en su caída. Esto último fue lo que ocurrió, aunque no sin que los obispos más comprometidos con los cristeros tuvieran que ser marginados por sus colegas y Roma al llegar a un acuerdo con el gobierno mexicano. No es de extrañar que la jerarquía en su conjunto, así como Roma, fueran acusadas de traición por algunos de aquellos hombres que se enfrentaron con las armas en la mano a los gobiernos de Calles y sus sucesores.

¿Por qué falló finalmente el movimiento cristero? La causa no se encuentra tanto en los reveses militares ni en la limitada naturaleza de la ayuda material y moral que la Iglesia le proporcionó, sino también en el hecho de que la mayoría de la ciudadanía —aunque posiblemente simpatizó con el levantamiento— no se sintió lo suficientemente motivada como para apoyarlo. Habría que ahondar en los motivos por los cuales la parte sustantiva de la lucha se limitó a Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Colima y Nayarit. Habría que averiguar asimismo la naturaleza de las fuerzas agraristas, principalmente las comandadas por Cedillo, que apoyaron decisivamente al gobierno central e impidieron que el movimiento se extendiera. La segunda variable para lograr una mejor explicación de este fracaso, según Bailey, se encuentra en la política de Washington. Estados Unidos se negó a secundar a los enemigos de Calles, ya fueran éstos cristeros o escobaristas. Es verdad que muchos puntos de la política de Calles disgustaron a los norteamericanos, pero éstos llegaron a la conclusión que su interés nacional era mejor servido por la presencia de un gobierno central fuerte en México —con el que se pudiera negociar— y no con el mantenimiento de la anarquía del pasado. Es más,

y en este punto la obra de Bailey nos da un panorama muy completo, en buena medida los términos y la forma en que se llevó a cabo el acuerdo de 1929 entre el presidente Portes Cil —secundado por Calles— y los obispos Pascual Díaz y Leopoldo Ruiz y Flores, fueron dictados por el embajador norteamericano Dwight Morrow. Después de leer esta parte de la obra se tiene que aceptar que no fue enteramente gratuito el odio de los militantes cristeros contra el gobierno de Washington y su representante en México a partir de entonces; no sólo no obtuvieron de Estados Unidos el apoyo que con tanto empeño buscaron entre 1926 y 1927, sino que no pudieron evitar que entre 1928 y 1929 Calles recibiera del vecino país del norte toda la ayuda política y militar necesaria para asegurar la derrota del movimiento rebelde.

Para Bailey, la rendición de las tropas cristeras en 1929 no se debió tanto a un triunfo militar del gobierno sobre sus enemigos en el campo de batalla, sino a la decisión de los obispos mexicanos de pactar con las autoridades mexicanas, presionados por el Vaticano y el gobierno de los Estados Unidos.

LORENZO MEYER
El Colegio de México

HOWARD PALFREY JONES, *Indonesia: the Possible Dream*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1971; 473 pp.

Cuando el que esto escribe encontró en la Universidad al autor del libro, algunos meses antes de su muerte, le preguntó: ¿Un comentario adecuado de su obra podría ser el de que durante su estancia en Indonesia como embajador mantuvo usted funcionando las líneas de comunicación entre los Estados Unidos e Indonesia durante un periodo de relaciones tirantes? Sin dudarle un momento, contestó afirmativamente. El libro se refiere, pues, a sus intentos de entender a Indonesia y de hacer una interpretación de ella para el Departamento de Estado.

En su prólogo, destaca el hecho de que Indonesia, entre los países del sureste asiático, posee “por sí sola la capacidad para convertirse en una de las mayores potencias de Asia”. Asimismo opina que los Estados Unidos tienen un papel que desempeñar en Asia y que las enseñanzas adquiridas en Indonesia tienen aplicación en otras situaciones dentro de ese continente. Uno acaba por preguntarse si los Estados Unidos realmente aprendieron adecuadamente la lección.

El autor ha elaborado una útil síntesis de la historia de Indonesia en la que los errores son menores. Se sabe que fue un buen amigo de Sukarno y esta circunstancia se refleja en el libro. En alguna ocasión describió a Sukarno de esta manera: “Tiene la personalidad de un *charmer*. Constituye una combinación de Clark Gable y Franklin Roosevelt (pp. 49-50)”.